



Revista, podcast y blog heterodoxo

IGLESIA Y ESTADO EN LA RUSIA CONTEMPORÁNEA

Sergio Fernández Riquelme

Iglesia y Estado en la Rusia contemporánea: el gran martirio



De repente algo cambió en Rusia en 2013 y en pleno “prime time” televisivo. Un hecho tan normal en otras latitudes y en otros tiempos se convirtió en gran noticia. En el documental “El segundo bautismo de Rusia”, centrado en la persecución religiosa en época soviética, Vladimir Putin rompió un tabú al reconocer que había sido bautizado a escondidas y educado en la fe por su madre en secreto durante el periodo comunista. “Esa ceremonia me conmovió a mí personalmente, y a nuestra familia”, declaraba Putin, la cual tuvo lugar en 1952 en la catedral de la Santa Transfiguración de San Petersburgo (entonces Leningrado, la ciudad natal del presidente).

Esta confesión salió a la luz en las mismas fechas de la celebración de los 1025 años de conversión del viejo pueblo del Rus al cristianismo (25 de junio), celebrada por todo lo grande en la misma Kiev. En Ucrania, sede de la vieja patria original, se proclamaba la esencia y la pretensión del nacionalismo conservador y religioso pan-ruso. El mismo presidente ucraniano Yanukóvich (antes de la revolución del Maidán) consideraba la fecha del aniversario de dicha cristianización como “la fiesta de la unión de los pueblos de Ucrania y Rusia”, naciones hermanas desde la legendaria transformación a la fe cristiana de San Vladimir de Kiev.

Tras setenta años de matanzas y persecuciones bajo el régimen soviético, la confesión mayoritaria y tradicional, la Iglesia Ortodoxa rusa o IOR (Русская православная церковь, РПЦ), renació de sus cenizas, sin exigir represalias a los antiguos líderes comunistas, y recuperando parte de su existencia y de su natural colaboración con el poder en defensa de sus intereses y valores. La Iglesia y el Estado, especialmente desde la llegada de Putin al poder y pese a la separación constitucional, desarrollaban en el siglo XXI una colaboración estrecha (y en ocasiones polémica) en el ámbito social, cultural y moral (junto con las otras religiones consideradas oficiales, como el islam sunní y judaísmo) en defensa del plurinacional “mundo ruso” (Русский мир).

Desde 1917 la IOR sufrió una de las mayores persecuciones de la Historia. Tras el golpe de Estado de los bolcheviques contra el gobierno prodemocrático de Aleksandr Kerénski, se desató uno de los mayores martirios nunca conocidos. Acusada de estar al servicio de la extinta monarquía Románov y de ser la causa directa del “opio del pueblo” (según la terminología marxista), el nuevo régimen comunista comenzó desde sus primeros días la liquidación de la misma. Primero inició las ejecuciones masivas y públicas de líderes y fieles (ortodoxos y católicos), eliminando la tradicional unión “sagrada” entre Estado e Iglesia; en segundo lugar suprimió el Santo Sínodo nacional, recuperando en su lugar un muy limitado Patriarcado de Moscú bajo su control; y en tercer lugar se obligó la lealtad del nuevo Patriarca al sistema soviético, convirtiendo en sistemático el proceso de supresión, física e ideológica de toda religión en el país.

Entre 1917 y 1937 fueron detenidos más de 136.000 clérigos, de los cuales alrededor de 110.000 fueron asesinados (más del 85% de los existentes antes del golpe, siguiendo los datos de Jonathan Luxmoore) y aproximadamente 200.000 fueron los deportados. Además, la mayoría de las Iglesias, catedrales y conventos fueron destruidos (como la Catedral de Cristo Salvador o la Catedral de Nuestra Señora de Kazán), y los templos que sobrevivieron se convirtieron, directamente, en museos (como la Catedral de San Basilio y las catedrales del Kremlin de Moscú). Asimismo, millones de rusos fueron fusilados o mandados a Gulags por defender su fe, y cientos de miles fueron internados en manicomios y centros de re-educación. Toda educación religiosa y todo culto público (con fusilamientos y purgas) y privado (con un sistema de vigilancia y delación) fueron prohibidos.

Pese a cierta relajación bajo la Segunda guerra mundial (por interés estratégico de Stalin de movilización patriótica), la situación de persecución y represión persistió hasta el final (especialmente durante el mandato de Krushev). Como trágico balance, a partir de las cifras oficiales publicada por el gobierno ruso en 1995, desde la Comisión Estatal de Rusia se puede cifrar, entre 1917 y 1985, esta gran persecución: 45.000 templos ortodoxos fueron destruidos y más de 200.000 sacerdotes, monjes y monjas cristianos (también católicos y greco-ortodoxos, así como musulmanes) fueron asesinados en la Unión Soviética.

Iglesia y Estado en la Rusia contemporánea: el renacer ortodoxo



Tras la llegada de la democracia a la nueva Federación rusa, la IOR regresó de la clandestinidad o del control directo del Soviet. De la mano del nuevo Patriarca Alexis II (o Alejo II) comenzó un notable renacer, no exento de problemas; primer líder elegido en la era soviética por los propios clérigos y enfrentado directamente al mismísimo Gorbachov en sus últimos años, pero cuestionado en ocasiones por su pasado “colaboracionista” y con un “rebaño” casi insignificante entre viejos comunistas y nuevos capitalistas. Pero tras apartar a buena parte de la vieja guardia de clérigos colaboradores soviéticos (al suceder a Pimen I), Alexis recuperó la organización territorial de la IOR y buena parte del patrimonio inmobiliario perdido (logrando la reconstrucción del mayor templo ortodoxo del mundo, la Catedral del Cristo salvador de Moscú dinamitada por Stalin en 1931), consiguiendo establecer buenas relaciones con el gobierno de Yeltsin y alcanzar una alta aprobación ciudadana por su decidida acción socioasistencial ante la crisis sanitaria y económica de los años noventa. Obra que culminó en 2007 (un año antes de su muerte) con la firma del *Acta de comunión canónica* entre el oficial Patriarcado de Moscú y toda Rusia y la cismática (y muy tradicionalista) Iglesia rusa en el exilio (dirigida por el Metropolitando Laurus).

Su sucesor, el Patriarca Kirill (Cirilo) aumentó decididamente la colaboración con el Estado ruso, especialmente con la presidencia de Vladimir Putin, el cual multiplicó los gestos y apoyos a la IOR, y tenía como confesor privado al archimandrita Tikhon Shevkunov (del monasterio de las Cuevas de Pskov). En una Carta enviada por Putin al Patriarca afirmaba claramente que “Rusia se ha convertido en una gran potencia gracias a la adopción de la fe cristiana”, ya que “la adopción de la fe cristiana ha marcado un giro decisivo en la historia de nuestro país, que se ha convertido en parte integrante de la civilización cristiana y en una gran potencia mundial”. Además añadía que la fe

cristiana ortodoxa “ha dado un impulso al desarrollo de la cultura y de la enseñanza en Rusia. Ha liberado fuerzas creadoras colosales, ha estimulado al pueblo ruso y le ha sostenido durante periodos difíciles. La Iglesia ortodoxa rusa siempre ha estado con su pueblo”, incluso cuando el Estado soviético pensaba que la había desterrado, a sangre y fuego.

“En Rusia, la Iglesia es el socio natural del Estado”. Palabras clave en la reunión del presidente ruso, durante la celebración de la “Cristianización de Rusia”, con los representantes de 15 iglesias ortodoxas: “las de Constantinopla, Alejandría, Antioquía, Jerusalén, Rusia, Georgia, Serbia, Albania, Rumanía, Bulgaria, Chipre, Polonia, Chequia y Eslovaquia, Grecia y la Iglesia ortodoxa norteamericana”. Y subrayaba, una vez más, la unión entre ortodoxia y nación en la nueva Rusia, iniciada con la devolución a la IOR de muchas de las propiedades confiscadas por las autoridades soviéticas bajo la dictadura comunista.

A ello se unió la instauración, desde 2008, del Día Nacional de la Familia, el Amor y la Fidelidad en Rusia cada 8 de julio, la inserción como asignatura obligatoria de la religión en las escuelas (cristianismo ortodoxo, judaísmo, islam o budismo, según las creencias mayoritarias de cada república) en 2009; la aprobación del Día de la Cristianización de Rusia como fiesta nacional en 2010; o la bendición en 2012 del mismo Putin ante el icono de la Virgen de Tíjvin, un ritual por el que pasaron todos los zares desde Iván I, con la única excepción del último, Nicolás II, fusilado por los bolcheviques en 1918.

“Algo debe unir a los ciudadanos y a la sociedad en una nación”, declaraba Serguei Filátov, experto en religión del Instituto de Estudios Orientales de la Academia de Ciencias de Rusia. “A excepción de la victoria en la Segunda Guerra Mundial y la fe ortodoxa, no hay otras grandes ideas que gocen de apoyo de todo el pueblo ruso”, añadió.

Iglesia y Estado en la Rusia contemporánea: la misión trascendental



Cada año el presidente y el primer ministro asistían a la celebración de la Navidad ortodoxa el 6 de enero (Epifanía), en la segunda década de Putin en el poder la legislación sancionaba las ofensas a las creencias religiosas o sancionaba la propaganda de las relaciones no tradicionales en menores de edad, y Estado e Iglesia colaboraron en la defensa de los intereses rusos en Ucrania (oponiéndose ambas a una Iglesia ortodoxa independiente o autocéfala en ese país, que a su juicio siempre había dependido del Metropolitano de Moscú) o en la protección de los cristianos perseguidos durante la Guerra en Siria.

Hechos que mostraban este proceso de recuperación material y espiritual en la sociedad rusa de la Ortodoxia, llegando a la normalidad institucional y el apoyo mutuo. Según el Instituto de Sociología de la Academia rusa de las Ciencias, entre 2009 y 2012 el número de cristianos ortodoxos alcanzó el 79% de población, al registrar un crecimiento de 7 puntos porcentuales. Además la IOR construyó y restauró 25.000 templos a lo largo de los últimos 25 años (cada ejercicio fueron inaugurados alrededor de 1.000 templos), según la información del arzobispo Hilarion de Volokolamsk. Importantes ejemplos de esta renovación se dieron cuando en enero de 2014 más de 400.000 personas visitaron la reliquia de los Reyes Magos (cofre del oro, del incienso y de la mirra) procedente del Monte Athos (Grecia) en la Catedral de Cristo Salvador; cuando se recuperaron procesiones ancestrales en grandes urbes San Petersburgo o Ekaterimburgo; o cuando el mismo Putin asistió asiduamente al legendario Monasterio de Vaalam (en una isla casi sobrenatural en el lago Ládoga), inauguró una enorme estatua de San Vladimir frente a las murallas del Kremlin, o visitó la zona rusa del mismo Monte Athos ocupando el antiguo lugar reservado al Emperador Bizantino.

En 2017 la IOR registró un importante aumento de vocaciones en el país, con el número más alto jamás registrado hasta ese momento en la formación para el sacerdocio en su 261 eparquías o diócesis (un 19% más). 5877 seminaristas que se preparaban para la ordenación, 1593 jóvenes se formaban para el sacerdocio y 827 estaban inscritos en el curso preparatorio o *propaedeuticum*. Contaba además con dos canales de televisión de implantación nacional: *Spas* (del Patriarcado) y *Tsargrad* (del activista ortodoxo Kostantin Maloféyev), y presentaba buenas relaciones con el Papado romano (desde la época de Benedicto XVI) y con el resto de religiones oficiales del país.

Influencia social y política notoria, y pública, que provocó debates sobre la excesiva colaboración entre Estado e Iglesia en el país (tanto por sus crecientes recursos, como su papel casi “oficial” en actos militares o gubernamentales); y las recurrentes críticas de los grupos prooccidentales impulsados por *Open Russia* (grupo local de la “red Soros”) en torno a la construcción de nuevas Iglesias (como en Ekaterimburgo), la recuperación de su viejo patrimonio (como San Isaac en San Petersburgo), o la defensa de los valores sociales tradicionales (en sintonía total con el gobierno, excepto en el tema de la prohibición o limitación pública del aborto). Colaboración que daría, finalmente, su gran fruto en la reforma constitucional de 2020: la Carta magna rusa recogería por fin una mención a Dios (Бог) y protegería la institución del matrimonio natural.

Misión ortodoxa y nacional plenamente integrada, para el Patriarca Kirill, en el debate y actuación ante los retos de la globalización en Rusia y en el mundo. En uno de sus textos más recordados, el Discurso "Rusia y Occidente: El diálogo de los pueblos en busca de respuestas a los retos de la civilización" en la apertura del XX Consejo Mundial Popular ruso de 2016, proclamaba: “Sería correcto hablar, no de los caminos de desarrollo de Rusia y Occidente que están yendo uno hacia el otro, y no de un vector de desarrollo de Rusia que intenta alcanzar al otro, sino, después del gran científico ruso Nikolai Danilevsky, reconocer el camino paralelo de desarrollo de nuestras sociedades. Paralelo en este caso no significa aislado. Paralelo no implica la exclusión mutua. Paralelo insiste en la identidad y el derecho a la existencia de dos caminos de desarrollo. Sobre la base de los principios cristianos del orden mundial Divino, que son la libertad y el amor, debemos afirmar la igual dignidad de todas las culturas y civilizaciones, con exclusión de cualquier intento de dictar e imponer unas normas políticas y culturales unilaterales, debemos buscar el entendimiento mutuo, la cooperación equitativa y mutuamente enriquecedora. La base de las relaciones, tanto entre los seres humanos individuales como entre las comunidades humanas, debe basarse en la cooperación y la colaboración, pero no en detrimento de sus intereses, y sin nuevas líneas divisorias adjudicando etiquetas como las de "mundo civilizado", "mundo bárbaro", el "eje del bien", o el "eje del mal". Nos enfrentamos a desafíos comunes (...) y los representantes del mundo ruso, llamamos a prestar atención no sólo a los cambios en las condiciones externas de nuestra existencia, sino también a los cambios en nuestro interior, que afectan el alma humana. (...) Creemos que hoy en día no se puede eliminar de la agenda el problema de la actitud inhumana hacia los niños no nacidos, lo que lleva consigo los abortos en masa, la destrucción de la institución familiar, la erosión de los valores morales básicos, el ataque agresivo contra la cultura religiosa tradicional, que, en particular, se expresa en la política de deliberada descristianización a gran escala. El socavamiento de los fundamentos morales de la existencia humana que ocurre ante nuestros ojos, amenaza con la deshumanización del mundo. No es por casualidad que los futurólogos aumenten cada vez más el tema de lo posthumano y el transhumanismo, cuya doctrina de la pronta resolución de la naturaleza humana y la aparición de una nueva clase de seres inteligentes, se está haciendo cada vez más popular (...) Sólo en el marco de este diálogo podemos encontrar respuestas a preguntas acerca de cómo derrotar al terrorismo, cómo proteger a la familia tradicional y el derecho de los niños no nacidos a la vida, la forma de garantizar el equilibrio migratorio, de combatir el hambre y las enfermedades, la forma de respetar las creencias del otro al darse cuenta de que la libertad debe tener límites morales”.